

Saludos , Madre Dolorosa, Señora del Sábado Santo, hermanos de la Cofradía Penitencial de la Santa Vera Cruz, representaciones de las demás Cofradías, autoridades civiles y militares

## **I.- El misterio del dolor.**

Aunque se puedan usar como sinónimos, las palabras “dolor” y “sufrimiento” ayudan a distinguir y nombrar el sufrimiento físico que se da cuando de cualquier manera “duele el cuerpo”, y el sufrimiento moral que es “dolor del alma”.

En una cultura marcadamente emotivista y sin la referencia de la vida eterna, el sufrimiento que acompaña a la existencia es una extraordinaria piedra de tropiezo hasta el punto de llegar a proponer de forma más o menos clara este criterio: “Es preferible no nacer, si la nueva vida va a ser para sufrir y hacer sufrir; es mejor provocar el morir que seguir viviendo para sufrir y hacer sufrir”.

El sufrimiento es un asunto universal que acompaña al hombre a lo largo y ancho del tiempo. En cierto sentido coexiste con él en el mundo y por ello hay que volver sobre él constantemente, como hacemos cada año ante la Virgen Dolorosa de la Vera Cruz atravesada por la espada del dolor sin límites.

El sufrimiento humano suscita compasión, también respeto, y, en cierto modo, atemoriza. En efecto, en él está contenida la grandeza de un misterio. El sufrimiento es algo más amplio que el dolor, más complejo y a la vez aún más profundamente enraizado en la humanidad misma. Los hombres que sufren se hacen semejantes entre sí a través de la similitud de la situación o mediante la necesidad de comprensión y atenciones; quizá sobre todo por la persistente pregunta acerca del sentido de tal situación. Por ello, aunque el mundo del sufrimiento exista en la dispersión de cada persona, al mismo tiempo contiene en sí una singular llamada a la comunión y la solidaridad.

Esta realidad del sufrimiento, que en definitiva tiene su protagonismo en cada hombre, parece transformarse en nuestra época —quizá más que en cualquier otro momento— en un particular “sufrimiento del mundo”; del mundo que ha sido transformado, como nunca antes, por el progreso realizado por el hombre y que, a la vez,

está en peligro más que nunca, a causa del mismo hombre, en el que se viven “montañas” de sufrimientos que se entretajan con la alegría y la esperanza que sorprendentemente siempre bullen por emerger, aun en medio de las situaciones más duras.

Para ofrecer en esta tarde nuestros dolores y sufrimientos a la Madre Dolorosa, hemos de contemplar a la persona en toda su plenitud relacional: el yo nacido de un abrazo y tocado de un alma irrepetible, los vínculos que surgen de su misma constitución relacional y las alianzas que proporcionan al cauce institucional imprescindible para que el yo y su red de vínculos crezcan y sean fructíferos.

Vamos a rastrear los dolores haciendo recorrido desde lo más exterior, alianzas e instituciones, hasta el interior de cada uno de nosotros.

## **II.- El cuerpo social al que damos forma y del que formamos parte: Valladolid, en Castilla y León, España en la gran familia humana.**

El hambre, las guerras, las persecuciones y desplazamientos forzados siguen asolando a multitud de hombres y mujeres como nosotros, con sagrada dignidad, hijos y hermanos.

Desde al anterior ofrecimiento de los dolores siguen llegando gemidos de Siria, Jordania, Líbano y Turquía; de Irak, Afganistán, Yemen, Israel y Palestina; de Sudán del Sur, República Democrática del Congo, Somalia, Nigeria y la República Centroafricana y qué decir de la querida Venezuela y de la cercana Ucrania. Este año ha cosechado nuevas víctimas en los conflictos que afligen a estos países, y siguen produciendo gran sufrimiento a la población, en particular a las familias que habitan en las zonas afectadas por la guerra y que han perdido a sus seres queridos, con frecuencia ancianos y niños. El terrorismo, a veces en nombre de Dios, sigue causando sufrimientos terribles y extendiendo el miedo.

También, Madre Dolorosa, nos abruman las catástrofes naturales: seísmos, huracanes, inundaciones, corrimientos de tierras, sequías y olas de calor devastadoras. Terremotos en Italia, China y, sobre todo, los temblores en Méjico se llevaron la vida de

centenares de personas y dejaron sin hogar y trabajo a cientos de miles. Fuertes inundaciones y corrimientos de tierras en India, Sri Lanka, Bangladesh, Colombia, Brasil, el Congo, Etiopía y Sierra Leona. Sequías tremendas en Somalia y el sur de Brasil; huracanes en Barbuda, Las Antillas, las Islas Vírgenes, República Dominicana, Puerto Rico y Texas. También olas de calor causaron estragos en diversos lugares del mundo. A nosotros llegó una sequía severa que ha causado problemas e incendios con algunas víctimas mortales como también en la hermana Portugal.

Este dolor se nos acerca en la llamada a la solidaridad que apenas escuchamos en el aluvión de noticias, pero sobre todo en inmigrantes, desplazados y refugiados que tratan de llegar hasta nosotros, también en esta nueva forma de esclavitud que constituye la trata de mujeres. Nos duele la impotencia ante todos estos problemas y la perplejidad que nos paraliza cuando queremos conjugar nuestra herencia y vida cristiana con las inseguridades, problemas y miedos que nos causan los extraños.

La nación española, en cuyo devenir histórico Valladolid y Castilla y León han jugado un papel tan importante, ha sido y es una fuente de preocupaciones y sufrimientos. Hemos experimentado emociones contradictorias de unidad y rechazo. Nos han llegado los ecos o hemos participado de divisiones internas en las familias, en la comunidad cristiana y en la sociedad catalana y en el conjunto de toda la española.

Organizados como pueblo en administraciones públicas para lograr el bien común participamos del llamado Estado del bienestar con sus logros y su crisis. Los cuatro pilares que le definen: educación, sanidad, servicios sociales y pensiones tocan aspectos centrales de la vida humana y del papel de la familia. Son fuente de ayudas y apoyos para el desarrollo y cuidado de la persona, pero, los estilos de vida que facilitan y lo que sus necesidades de financiación exigen, provocan una gran inseguridad cuando la crisis económica y la economía globalizada imponen “recortes” en las prestaciones.

La educación nos remite a la escuela en sus diversos niveles y también a niños, adolescentes y jóvenes. Queremos, Madre Dolorosa, presentarte el dolor del fracaso escolar o por la violencia o discriminación en las aulas; las preocupaciones de profesores y padres

por los vaivenes de la legislación escolar y la incertidumbre respecto al futuro que provoca la marcha de tantos jóvenes bien preparados, pero que no encuentran trabajo en nuestra tierra. La injusta prueba de evaluación de acceso a la universidad incrementa el desasosiego.

La sanidad nos refiere al sufrimiento de los enfermos, pero permíteme, Señora de la Salud de los enfermos, fijar nuestra atención en el Hospital Clínico en su 40 aniversario. Los hospitales son lugares de vida y esperanza. Para mucha gente el paso por el hospital ha sido un momento significativo, una experiencia que marca y deja huella. Son lugares de sufrimiento y curación, de nacimiento y de muerte.

El hospital es un espacio que, en cierto modo, podríamos llamar "sagrado", donde se experimenta la fragilidad de la naturaleza humana, pero también las enormes potencialidades y recursos del ingenio del hombre y de la técnica al servicio de la vida. ¡La vida del hombre! Este gran don, que por más que se explore, sigue siendo siempre un misterio.

La experiencia de la enfermedad confirma que en los momentos más fuertes de "infirmas" (falta de firmeza), el hombre tiene necesidad de un plus de amor, de respeto y acompañamiento integral, una asistencia física, psicológica, social y espiritual.

El ejercicio de la medicina, cada vez más tecnificado, está sometido a protocolos de actuación que progresivamente despersonalizan la atención. Por eso es preciso afirmar, de manera permanente, la dignidad de todos y de cada uno y hacerlo, no fundamentándola en leyes y reglamentos fácilmente modificables por las necesidades del servicio, sino apoyándose en una instancia que trasciende y sostiene y hace de la dignidad humana algo sagrado, línea roja que ninguna pretensión tecnológica o presupuestaria debe cruzar. Ante ti, Virgen de la Vera Cruz, agradecemos a cuantos han trabajado en el Clínico Universitario su celo por la dignidad de cada enfermo y te presentamos el dolor y sufrimientos de enfermos y familiares a lo largo de estos cuarenta años.

Los servicios sociales nos hablan del dolor de tantas personas que precisan ayuda debido a su fragilidad o dependencia físicas, de familias quebradas que provocan

situaciones de intemperie para sus miembros más frágiles o de penuria económica que impide asegurar techo, pan y calor.

Con las pensiones volvemos nuestra mirada a los ancianos, traemos el dolor de los que viven solos y de aquellos que han experimentado un desgarró al abandonar su hogar. La actual preocupación por el presente y futuro de las pensiones añade incertidumbre a la vida de personas que ven disminuir sus fuerzas y no encuentran en la propia familia, menguada y muy ocupada, el soporte que su fragilidad reclama.

El Estado, por grande que sea, no tiene capacidad de hacer buenos a los seres humanos. El Estado previsor está fracasando a la hora de orientar a la sociedad hacia el bien común, pero sigue alimentando el oculto deseo de que aparezcan sistemas y leyes que nos eximan del deber de ser buenas personas y virtuosos ciudadanos.

### **III.- Vínculos. Familias, amigos, cofradías, iglesia.**

La ruptura del vínculo es la trampa de la libertad. Ésta, seducida por cantos de sirena de autonomía y derecho a decidir en todos los órdenes de la vida, piensa que cuanto menores y más débiles sean los vínculos, mayor es la libertad. El yo desvinculado confunde el bien con la preferencia, la justicia con lo que me conviene y lo necesario con lo que deseo. Pero al romper el envoltorio atractivo de la independencia por falta de vínculos, aparece el fruto amargo del desarraigo, el desamparo y la soledad. Pero nuestro corazón busca raíces, amparo en los múltiples desvalimientos de la existencia y compañía para hacer el camino de la vida. Son dolores difusos en nuestra sociedad que traemos ante ti, Virgen de la Soledad, pero que se hacen llanto amargo en hijos que experimentan la ruptura del matrimonio de los que siguen siendo sus padres. Tanto sufrimiento que brota de las heridas afectivas de nuestro corazón agrandadas por esta forma de plantear la vida y las relaciones.

Estas heridas a veces salen de manera agresiva hacia el otro en forma de violencia en el propio hogar o bien tratan de acallarse exacerbando el deseo con sustancias o experiencias que aseguren un vértigo fugaz, a veces trágico, que acalle la incesante queja interior. Especialmente preocupante es el refugio festivo en el alcohol de tantos

adolescentes y jóvenes y la búsqueda de ayuda en sustancias adictivas para poder sostener un ritmo que enmascare lo oculto en el corazón.

El miedo a este vínculo permanente, ser padres, agrandado por las reglas del juego de la economía dominante está envejeciendo nuestra sociedad. Es un agudo dolor que uno de cada cinco embarazos termine en aborto y que se difundan concepciones antropológicas, en las que el cuerpo es un territorio más de la voluntad de poder, contrarias a la posibilidad misma de engendrar vida.

Los vínculos familiares y de amistad sientan la base de un pueblo, son previas al llamado “contrato social” que justifica la organización jurídico-política de una sociedad. El individualismo que reclama solo derechos desde un lado del contrato, está destruyendo “la amistad civil”. Lo que aflora en la sociedad, como respuesta a las desigualdades manifiestas, el malestar y la ausencia de una razón objetiva que fundamente el bien común, es el derecho de afirmación de cada individuo o particularidad, un sentido de la justicia dominado por el resentimiento populista y los placeres compensatorios para calmar el vacío, la tristeza y evitar el sufrimiento. Todo ello es caldo de cultivo seguro para nuevos y mayores sufrimientos.

La confianza, que está en la base de las relaciones amistosas, está siendo sustituida por un control de movimientos y conciencias y por una exigencia de transparencia que nos hace cada vez más susceptibles de manipulación. La gestión de los grandes datos y las “falsas noticias” nos abruman, nos hacen dudar y contribuyen al crecimiento de la desconfianza. Desconfianza y deseo de seguridad cierran las puertas de nuestras casas y de nuestro corazón a los extraños. Ancianos que viven solos y que necesitan compañía la rechazan por desconfianza. Personas que huyen de la guerra o de la miseria y buscan entre nosotros un futuro que nos es indispensable para el de nuestra sociedad, son también rechazadas por desconfianza.

Al pie de la Cruz iniciaste, Madre llena de piedad, un nuevo parentesco con el pequeño discípulo al que nos has incorporado. Esta relación sellada con el agua y la sangre que fluyen del cuerpo de tu Hijo es origen de la Iglesia, llamada a ofrecer un testimonio de

comuni3n, para que el mundo crea que es posible la buena noticia de la liberaci3n, la confianza y la reconciliaci3n. Por eso duelen tanto las infidelidades en la Iglesia a la vocaci3n en la que cada uno de nosotros hemos sido convocados. Te ofrecemos nuestro dolor por la falta de comuni3n en el presbiterio diocesano, por las, a veces, difciles relaciones fraternas entre curas, religiosos y laicos. Por el respeto humano que nos hace sucumbir a la correcci3n poltica y cultural y esconde nuestro testimonio en la plaza p3blica. Es el dolor de la vida tibia y mediocre que se hace m3s vivo ante el testimonio martirial de tantos hermanos nuestros extendidos por toda la tierra.

En esta tu casa sede de la Cofradía Penitencial que da culto y alumbra a la Vera Cruz, junto a la que permaneces de pie, te presentamos el dolor de las divisiones en las cofradías y entre las cofradías. Cuánto nos cuesta sobrepasar el apego a lo nuestro para ofrecer una expresi3n m3s nítida de la fraternidad que nos da nombre, y para buscar el bien com3n de cuidar y promover la Semana Santa vallisoletana como responsabilidad compartida.

#### **IV.- El yo, lo personal, caja de resonancia de lo institucional y ambiental. El Rostro**

En nuestro viaje hacia el interior, atravesando nuestra condici3n institucional y ambiental, llegamos al yo personal, al alma irreductible, al rostro que desvela en nuestro ser corporal nuestro yo espiritual.

Os invito a poner nombre y ofrecer a nuestra Madre los rostros que cada uno tiene apuntados en el coraz3n. Rostros de emigrantes, refugiados, perseguidos. Rostros que los medios de comunicaci3n social nos hacen llegar de damnificados por catástrofes o por la violencia de guerras y terrorismo. Nombres como el de Arnaud Beltrame, policia franc3s que ofreci3 su vida en admirable intercambio.

Rostros de enfermos de vuestras familias, rostros de duelo por la p3rdida de alguien cercano. Rostros de familias que siguen experimentando carencias de lo indispensable. Nombres como el de Merche madre abandonada por el padre de sus 6 hijos con permanente angustia para ofrecerles techo y pan. A esta madre alguien, quiz3 cercano a nosotros, le dijo: “no haber tenido tantos hijos”, como soluci3n preventiva a sus problemas y

tranquilizante de conciencia de los nuestros.

Rostros de ancianos solos en sus casas o experimentando una amarga soledad en residencias. Nombres de rostros que han olvidado el nombre de sus familiares o incluso su propio nombre como mis queridos amigos del Centro de la Asociación de Familiares de Enfermos de Alzheimer de la Plaza Carmen Ferreiro de nuestra ciudad.

Rostros dolientes de abuelos por no haber transmitido la fe a los hijos y ver interrumpida la vida de fe en los nietos. Sufrimiento mayor si cabe ante la indiferencia de los hijos por este dolor.

Rostros de niños que sufren las desavenencias familiares y el egoísmo de los mayores. Nombres como el del niño Gabriel Cruz o los de sus padres Patricia y Ángel. Rostros como el de su asesina en los que el mal aparece nítido y burlón pero incapaz de anular la condición humana de alguien que también es digna de acoger la misericordia que nace de la Cruz.

Rostros que nos hacen experimentar dolor de amor. Nombres de personas en los que el vínculo de amor, de amistad o de colaboración se quebró y nos descubren un rostro sombrío que precisa una luz nueva de misericordia que hemos de acoger de tu Hijo porque no alumbra en nuestro corazón herido por el desamor.

Rostros y nombres de quienes no pudieron soportar el sufrimiento, o se entenebreció su corazón por la enfermedad o el sinsentido y pusieron fin a su vida para dejar de sufrir o lanzar un grito que misteriosamente antes no fue escuchado. Rostros de fallecidos en accidentes de tráfico o en el desempeño del propio trabajo. Nombres que cada uno traemos apuntado en la memoria para ofrecértelos a ti Virgen de la Amargura y el Consuelo.

Rostros en los que los dolores físicos dejan huella. Nombres en los que el sufrimiento moral deja su marca en el corazón.



También tu rostro y tu nombre, amigo que escuchas este ofrecimiento. Permíteme que vaya más abajo y entre en tu alma para descubrir su dolor, tu dolor y el mío, por la herida del pecado. Te convoco al dolor de los pecados. Ante la Vera Cruz y la Virgen Dolorosa reconoce tu complicidad en el dolor del mundo, los dolores comunitarios y familiares, tu responsabilidad, pequeña o grande, consciente e inconsciente en el dolor de los nombres y los rostros que te acompañan.

Siente dolor por tus acciones pecaminosas: llamados como somos a dar la vida en ejercicio permanente de comunión y solidaridad ¿qué nos hace retener la vida: decir "ser yo", "para mí", "que se hagan las cosas sin mí"? ¿En qué soy cómplice del dolor del mundo a través del individualismo e insolidaridad de la sociedad del bienestar a costa de los empobrecidos ?

Experimenta las consecuencias dolorosas de tus omisiones: evangelizar, dar testimonio; ir al otro, dar el primer paso; dar la vida en los pequeños detalles gratuitamente; estar alegre, tener esperanza, etc.

También se esconde en nuestro corazón un pecado de motivación: "Hacer mal el bien" como el fariseo de la parábola que hace cosas buenas pero las sepulta en su vanagloria que es además fuente de juicio condenatorio de los demás.

Experimentemos ahora el dolor de los pecados y expongámoslo ante nuestra Madre. Ella, seguro, nos invita a ponernos delante del Hijo obediente, del Siervo sufriente y del Cordero inocente para renovar nuestra vida bautismal en la Vigilia Pascual y en el "segundo Bautismo", Sacramento de la Reconciliación, y así participar de la Vida de Dios en admirable intercambio: Él toma nuestra debilidad y nos da su Espíritu, nuestra muerte y nos da su Vida, nuestra esclavitud y nos da su libertad.

A ti María Virgen Dolorosa, ofrecemos nuestros dolores, los de cada uno, los de Valladolid y los de la familia humana de la que formamos parte.

El dolor es una llave de habitaciones desconocidas de nuestro corazón. Dijo

Benedicto XVI a los médicos del Hospital de Pavía, el 22 abril 2007: “Ciertamente, el sufrimiento repugna a la sensibilidad humana; pero es verdad que, cuando se lo acoge con amor, con compasión, y está iluminado por la fe, se convierte en una valiosa ocasión que une de manera misteriosa a Cristo Redentor, Varón de dolores, que en la cruz cargó sobre sí el dolor y la muerte del hombre. Con el sacrificio de su vida, redimió el sufrimiento humano y lo transformó en el medio fundamental de la salvación”.

Dentro de cada sufrimiento experimentado por el hombre, y también en lo profundo del dolor, aparece inevitablemente la pregunta: ¿por qué? Es una pregunta acerca de la causa, la razón; una pregunta acerca de la finalidad, ¿para qué?; en definitiva, acerca del sentido. Ésta no solo acompaña el sufrimiento, sino que parece determinar lo humano, pues el sufrimiento es singularmente una experiencia humana.

En el camino de la búsqueda compartida de acompañar, consolar e intentar ofrecer una respuesta a preguntas tan hondas, la presencia eclesial en la sociedad invita a volver la mirada a la revelación del Amor divino, fuente última del sentido de todo lo existente. El amor es también la fuente más rica sobre el sentido del sufrimiento, que es siempre un misterio; somos conscientes de la insuficiencia e inadecuación de nuestras explicaciones.

Cristo nos hace entrar en el misterio y nos hace descubrir el “por qué” del sufrimiento, en la medida en la que seamos capaces de comprender la sublimidad del amor divino. El Amor es la fuente más plena de la respuesta a la pregunta sobre el sentido del sufrimiento. Esta respuesta ha sido dada por Dios al hombre en la Cruz de Jesucristo; allí ha ofrecido y realizado la salvación asumiendo el sufrimiento y la muerte. Y aunque la victoria sobre el pecado y la muerte, conseguida por Cristo con su cruz y resurrección, no suprime los dolores temporales de la vida humana, ni libera del sufrimiento a toda la dimensión histórica de la existencia humana, sin embargo, sobre esa dimensión y sobre cada sufrimiento esta victoria proyecta una luz nueva, que es la luz de la salvación.

El hombre muere cuando pierde “la vida eterna”. Lo contrario de la salvación no es, pues, solamente el sufrimiento temporal, cualquier sufrimiento, sino el sufrimiento

definitivo: la pérdida de la vida eterna. El Hijo unigénito ha sido dado a la humanidad para proteger al hombre, ante todo, de este mal definitivo y del sufrimiento definitivo.

Siguiendo la parábola evangélica del Buen samaritano, se podría decir que el sufrimiento, que bajo tan diversas formas está presente en el mundo, está también presente para irradiar el amor al hombre, a través del desinteresado don del propio yo en favor de los demás hombres que sufren.

Podría decirse que el mundo del sufrimiento humano invoca sin pausa otro mundo: el del amor humano; y aquel amor desinteresado, que brota en su corazón y en sus obras, la persona lo debe de algún modo al sufrimiento. No puede el hombre “prójimo” pasar con desinterés ante el sufrimiento ajeno, en nombre de la fundamental solidaridad humana; y mucho menos en nombre del amor al prójimo. Debe pararse, conmoverse, actuando como el samaritano de la parábola evangélica. La parábola en sí expresa una verdad profundamente cristiana, pero a la vez tan universalmente humana.

No sin razón, aún en el lenguaje habitual se llama obra de buen samaritano toda actividad en favor de los hombres que sufren y de todos los necesitados de ayuda. Esta actividad asume, en el transcurso de los siglos, formas institucionales organizadas y constituye un terreno de trabajo en las respectivas profesiones. ¡Cuánto tiene de buen samaritano la profesión del médico, de la enfermera, del maestro o del policía! O de cualquier trabajo o actividad vividos como vocación de servicio a los demás.

Recibe Virgen Dolorosa de la Santa Vera Cruz los dolores que traemos en nuestro cuerpo personal, comunitario e institucional. Eres la Señora del sábado del tiempo, sabes de la fecundidad del grano de trigo que se entierra para dar fruto. Introduce nuestros sufrimientos en el sepulcro de tu divino hijo para que en Él den los frutos de comunión, solidaridad y vida eterna que anhelamos.

Madre hemos vuelto a gustar el sabor del mal,  
sufrimos el dolor, físico y moral.  
Venimos ante ti, junto al leño de la Vera Cruz.

Mirándote, Madre del Varón de dolores,  
experimentamos el consuelo.  
La espada de tu dolor, nos muestra en tu carne,  
¡la misma de Cristo!  
la angustia del Hijo obediente,  
el dolor del Siervo sufriente y  
el sufrimiento del Cordero inocente.

¡Dolorosa de la Vera Cruz!  
Recibe el gemido y el llanto de los vallisoletanos.  
Contigo, junto al leño de la Cruz,  
el dolor nos invita al silencio respetuoso,  
hace brotar la compasión  
y nos empuja a la comunión y a la solidaridad.

¡Madre de la Vera Cruz!  
pásanos la esperanza que cobijas.  
Amén. Aleluya.